

RESEÑAS

Reseñas remotas

Benito Pérez Galdós, **Los Cien Mil Hijos de San Luis**.
Colección “Episodios Nacionales”. Serie: Segunda. Madrid:
Imprenta de José María Pérez, 1877.*

Rodríguez LorenZo, Miguel Angel.**

Universidad de Los Andes

En el «Siglo de la Historia», desde España un escritor nacido en Las Palmas de Gran Canaria y que hizo gran parte de su vida en Madrid, ya aproximándose al último cuarto de aquella centuria, fue quien dio más aportes que los mismos historiadores a tal denominación para los años del novecientos. En efecto, hacia 1873 Benito Pérez Galdós (1843-1920) dio inicio a una serie de obras que procuraban dar razón de la reciente historia de los españoles, cuya valoración, significación y trascendencia ha llegado en toda su vivacidad hasta este siglo XXI, lo cual no logró prácticamente ninguno de los historiadores que fueron sus contemporáneos. Ni siquiera Don Modesto Lafuente y Zamalloa, cuya *Historia General de España desde los Tiempos más Remotos hasta Nuestros Días*, escrita en 30 tomos a lo largos de los años 1850-1867 y que alcanzó

* Reseña elaborada en el mes de Junio de 2008, en cuyos días finales fue remitida a ANUARIO GRHIAL. *Historia de la Cultura, las Ideas y las Mentalidades Colectivas*, puesta a la consideración de los Asesores Arbitrales, recibiendo aprobación arbitral para su publicación el 18-07-2008.

** Licenciado en Historia (U.L.A.: 1983), Magister Scientiae en Filosofía (U.L.A.: 1996), Doctorando del Programa de Doctorado *Política, Economía y Sociedad en la Edad Media, Antiguo y Nuevo Régimen* del Departamento de Historia Moderna (Universidad de Sevilla - España: desde Octubre de 2002). Profesor Asociado del Departamento de Historia Universal de la Universidad de Los Andes.

varias ediciones,¹ miembro de la Real Academia de la Historia, a cuya sombra el oficio historiográfico alcanzó institucionalidad y quien fue también primer Director de la Escuela Superior de Diplomática, matriz originaria de la historiografía profesional española.

A este autor polígrafo se le hace el reconocimiento de que, después de Cervantes (1547-1616), volvió a lograr que la literatura se identificara con la gente real, porque hizo que sus personajes hablaran como la gente de a pie y que los temas tratados fuesen los de ésta. Este rasgo de su obra no es ajeno a su rol como *historiador*, pues en los *Episodios Nacionales*, precisamente, la reconstrucción de la historia contemporánea española se hace a través de protagonistas *populares* (campesinos, *busconas*, clérigos, sirvientas, jornaleros, escribientes, soldados, cortesanas...) junto a reyes, príncipes, militares, obispos y *Grandes de España...* Todo sin ninguna de las obligaciones temáticas, teóricas ni metodológicas que la academia y el consenso internacional historiográfico imponen al trabajo de los historiadores.

Otra virtud, tanto desde la perspectiva de los intereses de la historiografía, como también de los de la literatura, dando por supuesto la maestría del autor en el manejo del lenguaje y en la conducción de los argumentos a lo largo de la obra —que los tiene— es la combinación del relato histórico (dando por sentado que el mismo tiene que ver con *hechos ciertos*) con el de la ficción (asociando a éste con *hechos fabulados*, aunque *verosímiles*); sin que uno y otro entren en contradicción; sino que, más bien, se complementan. Sin olvidar, claro está, que si bien Pérez Galdós leyó y oyó a algunos de los protagonistas de los hechos de

¹ Claro que se debe tomar en consideración que su principal editor, Francisco de Paula Mellado, era también su cuñado. De todas maneras todavía en 1922-1927 esta monumental obra fue reeditada en Barcelona. En el año 2002, el proyecto Editorial «Historiadores», a través de la editorial pamplonesa Urgoiti, editó el *Discurso Preliminar* que Lafuente elaboró a manera de síntesis de la historia española, para el conjunto global de su obra; bajo la dirección y estudio crítico de Juan Sisinio Pérez Garzón, historiador polifacético que se inició con trabajos sobre historia de la historiografía a los cuales, pese a que se ha abierto a diferentes horizontes de investigación, suele regresar, como en este caso.

los que se ocupó en sus *Episodios Nacionales*, en ningún momento los mismos deben tomarse por *testimoniales*...

Este es el caso, precisamente, del *Episodio Nacional* que ocupa esta reseña: lo histórico recoge los últimos días del trienio liberal (1820-1823), cuando los restos del gobierno, con Fernando VII a cuestas, huye al sur de España, mientras las tropas francesas (Los «cien mil hijos de San Luis»), enviadas por Luis XVIII en apoyo de su pariente el monarca español, avanzan por el suelo español casi sin resistencia, la ficción se puede resumir en la decidida fortaleza de una mujer casada y enamorada (en la cual se transmuta el autor, dejando que ella sea quien conduzca la narración) de un hombre vinculado a los liberales, al punto de seguirlo desde Madrid a Andalucía... y que se le «escapa» hacia el exilio inglés, a última hora, porque un partidario del absolutismo del rey Borbón, en la confusión que reinaba en Cádiz, con «...los tenaces liberales, pegados como lapas a la roca constitucional...» en las horas finales de *liberalismo* en España, la detiene. Pero eso no es todo, historia y ficción no son más que excusas para que Benito Pérez Galdós se explaye describiendo a Sevilla, la ciudad, y a los andaluces.

Véase como pinta el autor canario la *invasión* francesa y la *resistencia* española en el verano de 1823:

«los ejércitos de ambas naciones no habían empeñado ninguna lucha verdaderamente marcial y grandiosa. El nuestro se desbandaba como un rebaño sin pastores y el francés iba ocupando las ciudades desguarnecidas y dominando todo el país sin trabajo y sin heroísmo, sin sangre y sin gloria. Sus victorias eran ramplonas y honradas ... un ejército apreciable compuesto por cien mil buenos sujetos, que no conocían el saqueo, pero tampoco la gloria. ¡Detestable suerte la de España!...»

Y sin gloria es poca la historia que se puede contar. Sobre todo porque el *clamor popular* con el que se reclama el retorno a las manos de Fernando VII del *poder absoluto* no es otro que el que oyen la mujer y su criada en la madrileña calle de Toledo donde vivían: «¡Viva la religión! ¡Vivan las caenas!» O los gritos que oyen más tarde, cuando de Sevilla hacia Cádiz ya habían salido los ministros del agónico gobierno, con su rey suspendido temporalmente de funciones, proferidos por grupos

«...de mal aspecto...» y «...guapos de la Macarena y de Triana...»: «...¡Vivan las caenas! ¡Muera la nación!»

Los amores no correspondidos, porque el enamoramiento no era apenas el de doña Jenara de Barahona, ella también despertaba pasiones, las de un oficial francés por ejemplo, quien finalmente, en Cádiz, la ayudaría a liberar de la prisión y la muerte a su amado para ponerlo «...bajo la salvaguarda del noble pabellón inglés;» tampoco arrojan el premio de la felicidad para ninguno de los involucrados... más bien parecen excusas para llevar a aquella dama de un lugar a otro y con ello el panorama por el que se mueve la novela. Pero, en fin, que tampoco es demasiado lo que dejaba para contar.

En la misma Sevilla la historia tenía otro ritmo, exento igualmente de la gloria heroica que exigían los relatos de gesta. Allí estaba el *Guadalquivir*, camino de agua hacia la mar y de la mar hacia Sevilla, donde lo mismo podía la gente reunirse en una de sus riberas, muy cerca de la *Torre del Oro*, a ver el *invento inglés del barco de vapor* y también; pero más hacia la *Puerta de Triana*, aglomerarse para saquear el equipaje de los diputados del moribundo Gobierno de los liberales que a toda prisa, en un buque fletado y con el Rey a rastras, marchaba hacia Cádiz, mientras desde todas las iglesias se oía «...el clamor de las campanas echadas a vuelo, en señal de que Sevilla había dejado de pertenecer al Gobierno constitucional, y en cuerpo y alma pertenecía ya al absolutismo...»

Así que sólo quedaba el elogio de Sevilla:

“...Yo no había visto un cielo más alegre, ni un ambiente más respirable y que más embelesase los sentidos, ni un crepúsculo más delicioso. La enorme torre que se destacaba a lo lejos sobre apretado caserío y entre otras mil torres pequeñas iba creciendo a medida que yo me acercaba, y parecía venir a mi encuentro con gigantesco paso. La torre era la Giralda, y la ciudad, Sevilla”.

Y de esa *Giralda* que *cantaba las horas*.

Y del ambiente de «...quejumbrosas guitarras que expresan todo aquello a que no pueden alcanzar las lenguas...»

Y de la belleza de las «... lindas andaluzas, que alegrarían un cementerio, cuanto más un patio de Sevilla.»

Y del galanteo y donaire de los hombres (no hay que olvidar que quien narra es la dama enamorada en pos del hombre amado) que «...no son cortos de genio...»

Y de las noches sevillanas «...que no son, como las de otras partes, para dormir. Son para soñar en vela...»

Y del habla «...más dulce a causa del gracioso ceceo bético...» de unas y otros.

Y hasta de la fe de sus iglesias y procesiones, pues: «...hasta las pinturas sagradas son allí voluptuosas!»



Templo románico de Valderredible (Cantabria – España).
Fotografía de Jorge Magaña Ochoa (2006).